

Chopin (1810-1849), poeta del piano

Angel Barja

Chopin, como Pascal —a quien se parecía físicamente— murió a los treinta y nueve años, el 17 de octubre de 1849. Su vida, rodeada de leyendas, y su música llena de inspiración y tantas veces mal interpretada, crearon en una cierta época una imagen falseada del gran músico polaco. Por fortuna, sus grandes intérpretes —desde el legendario Rubinstein hasta el extraordinario Maurizio Pollini— han borrado definitivamente esa imagen, cargada de languideces y sentimentalismos románticos que a tantas señoritas de tiempos pasados hicieron verter furtivas lágrimas.

El niño Fryderyk Chopin, nacido el 1 de marzo de 1810, era muy despierto, inteligente y lleno de humor. A los seis años ya escribía versos; a los siete publicó su primera composición y dio su primer concierto público a los nueve. Recibió una excelente formación general y vivió en un ambiente de libros, ya que su madre tenía una hospedería para estudiantes. Estudió armonía, contrapunto y composición con el director del Conservatorio de Varsovia y fue casi autodidacta con respecto al piano, pues sólo recibió lecciones de un modesto profesor llamado Wojciek Zywny. Modesto profesor que, sin embargo, le infundió el amor por Bach, cuyo «Clave bien temperado» le servía siempre de precalenta-



Autógrafo de la Mazurca en La bemol mayor y retrato de Chopin, obra de E. Delacroix

miento antes de los conciertos.

A sus veinte años, Chopin se traslada a París, donde se entera poco después de que Varsovia cae en manos de los rusos, suceso trascendental para los sentimientos patrióticos y antibélicos del músico, tantas veces reflejados en su obra. En París se dedica a dar conciertos y lecciones de piano. Franz Liszt lo pone en contacto con George Sand, la mujer que lo acompañará —y agobiará— durante muchos años, creadora en buena parte de la imagen enfermiza y poco

varonil de Chopin tanto tiempo vigente en la opinión general. Es sabido que ambos pasaron en Mallorca el invierno de 1838 (en el monasterio de Valdemosa), invierno desastroso para la salud de Chopin, ya algo enfermo de tisis.

Aunque Chopin se adaptó perfectamente a la vida y a la cultura francesa, hubo siempre, sin embargo, un rincón de su alma que permaneció en el exilio. En París llevó una vida relativamente tranquila, dedicada a la composición, a la enseñanza y al concertismo, éste cada vez más odiado por

Chopin por su innata tendencia a la intimidad y al alejamiento del bullicio, justo lo contrario de Liszt, que disfrutaba deslumbrando al público.

La grandeza de Chopin se basa en dos vertientes fundamentales de su personalidad musical: compositor y pianista. Como pianista, fue extraordinario intérprete de sí mismo. Su mano era pequeña, pero sumamente elástica. Los pianos sonaban de otra manera cuando él los tocaba. El virtuosismo que tantos intérpretes imprimen a su música no es el primero de sus valores; sí



lo es la poesía, la cantabilidad y la atmósfera expresiva, sobria y pura, que lo hace hermano de Mozart, a quien Chopin tanto amaba. Las clases de Chopin se basaban en Clementi, Cramer y el «Clave bien temperado» de Bach, del que siempre interpretaba un prelude al comenzar sus conciertos. Lo cierto es que Chopin subyugaba a sus oyentes por su forma de expresar la música. Como dice el poeta Heine; «Oyendo a Chopin... me hundo en los abismos de su música». Es indudable que Chopin descubrió una nueva estética pianística que une directamente con otro gran poeta del piano: Debussy.

Como compositor, Chopin preanuncia a Brahms, a Wagner e incluso a Bela Bartok, aunque un análisis profundo de su armonía nos hace ver cuánto debió a J.S. Bach. Chopin sintió una gran indiferencia por casi todos los compositores de su época, en parte debido a su originalidad de escritura rítmica y a su modo personalísimo de entender el lenguaje musical.

Es necesario olvidar para siempre las películas sobre Chopin, llenas de falsedades y carentes de pudor histórico. Fue un músico recio, sobrio y lleno de sentimiento varonil. La precariedad de su salud, en parte hereditaria, lo llevó a la muerte prematuramente. Durante su funeral se interpretó el «Requiem» de Mozart, como él había pedido.

Gelsomino, un personaje de G. Rodari

Alfonso García

Gianni Rodari es uno de los grandes maestros de la literatura infantil, el hombre que, sin lugar a dudas, ha dado un puesto de privilegio a la fantasía, sobre todo como elemento motivador de actividad y capaz de los más bellos sueños.

Publicado en 1974 en Italia, «Gelsomino en el país de los mentirosos», Gianni Rodari. Ed. Bruguera (Col. Todolibro-infantil), Barcelona 1986. 220 páginas. A partir de 9 años; aparece hoy como un libro excepcional, por su capacidad fantástica, por la enorme variedad de recursos, por la naturalidad del tratamiento, por lo imprevisto de las situaciones... y porque con frecuencia todo ello sirve para apoyar ideas de pacifismo y bien.

Gelsomino, que hubo de marchar de su tierra por los enormes estragos que producía su potente voz, llega al «más extraño país de este mundo», el país de los mentirosos. En él reina Giacomone I, un antiguo pirata que había instaurado la ley que hacía obligatoria la mentira. Allí hasta los gatos mentían. De no hacerlo así, todos —animales incluidos— iban a dar con sus huesos en la cárcel. Sólo un grupo de amigos fue capaz, a través de una serie de insólitas aventuras, de hacer llegar el funeral del reino de Giacomone. A ello contribuyó eficazmente Gelsomino: «una canción bien cantada bastó para hundir su reino».

Esta es la idea que da un criterio unificador al libro. Hay que decir, sin embargo, que los capítulos, breves, son, de alguna forma, independientes, enarrazados con una extraordinaria naturalidad. Y esto es, precisamente, lo que da consistencia al relato, apoyado siempre en el humor, la imaginación y la ironía como elementos básicos que lo sustentan y que, además, acrecientan el interés del lector. El texto está así lleno de encantos, simples muchas veces, poéticos tantas...

Hay que subrayar, dentro de esta misma línea, la cadena de situaciones que se suceden, realmente chocantes e imprevistas todas ellas, donde parece que todos los personajes andan a ver quien las cuenta más gordas. Algunos de estos personajes, además del central, se harán inolvidables: Zoppino, Bananito, Bienvenido No Te Sientes, tía Pancha...

Una poderosa manifestación imaginativa, fantástica...



RELATOS Diario de León (3)

¿Es esto amor?

Jaime Arroyo Valdés

¡Cómo corrían! ¡Cómo corríamos todos los niños aterrados; algunos caían por tierra, otros eran arrastrados por el viento y yo, ante la imposibilidad de seguir, sin fuerzas, me arrastré detrás de un pequeño muro de cemento que me protegiera, al menos, del miedo.

Miré a mi alrededor; había otros muchos allí parapetados, en silencio, esperando lo imprevisto en tanto los demás vociferaban, lloraban golpeados contra todo lo que se cruzaba en su camino, tropezando. Lo imprevisto se hizo cierto y el muro cedió. Cedió ante el viento, ante el horror, ante su propia resistencia a dejarse llevar. Algunos quedaron aplastados entre bloques, en tanto que otros eran empujados por el aire. Los menos,

reptando por el suelo, fuimos cruzando el patio entre los restos de cestas de basquet y cruceles de madera de portales de fútbol.

Pude divisar una puerta cerrada y vi como los otros se dirigían hacia ella. Avancé lo aprisa que fui capaz y sin saber cómo me encontré a salvo, agotado, pérdida la consciencia permanecí inmóvil. Pasó un tiempo, corto tiempo. Recuperado el aliento creí que todo había acabado, más también la puerta en ese instante cedió y todos los que allí estábamos, en tropel, fuimos arrastrados a lo largo del pasillo hasta dar de narices contra el muro perpendicular que lo franqueaba.

Los más, allí quedaron para siempre. Los menos, amorti-

guados por sus propios cuerpos y aún saliendo mal parados, conseguimos desplazarnos fuera del campo de aquel imán de atracción humana. Más el viento se crecía y su fuerza incontenible desplazaba muros y ventanas. Corría, corría hacia el fondo del colegio, hacía el fondo de mi alma y el aire, siempre cerca, me seguía. Los otros, ya pocos, luchaban por salvarse en todas direcciones y sólo tres, no más de tres, tomaban mi camino.

Descendimos escaleras, atravesando habitaciones, corredores, cocinas y sótanos y el aire aún nos seguía. Yo vi tropezar a un compañero y caer rodando a lo largo de decenas de escalones. Al llegar a su lado, observé como inmóvil, esperaba su destino. Me

faltó valor para detenerme. Pasé saltando sobre él, volcando mi destino. Los demás, del mismo modo, no perdieron tiempo en esperar y siguieron a mi lado su viaje limitado.

Limitado al fondo de los sótanos, a la última pared, al último centímetro de espacio. Allí, bajo el espejismo del último rincón de la tierra, entre cajas, apiñados quietos esperamos. El ruido aumentaba. La fuerza de la muerte venía hacia nosotros y el terror paralizaba nuestros cuerpos. Se oía romper los cristales, puertas al caer, muros en su frenético resistir y en su estallar.

Las primeras muestras del camino hacia la muerte llegaron a nosotros: entraban deformadas, ladrillos, objetos de todas clases. Formas irrecon-

cibles se avalanzaron sobre nosotros. Mis compañeros, los dos, en un último intento desesperado por salvarse saltaron contra el aire y como dos plumas, fueron devueltos contra la pared, muy cerca de mí. Dejaron su vida en un último suspiro inútil de salvación.

Ahora estaba solo. Tan sólo yo, y mi turno también habría de llegar, no podría resistir más. Las paredes se resquebrajaron y pude observar cómo el techo se abría listo para desplomarse, para desplomarse sobre mí, para aplastarme y con su peso consumir mi último aliento.

Fue entonces que me abrazé a ti y tú, al despertarme, al devolverme a la vida, lejos del sueño me salvaste. ¿Es esto amor?

NOVEDAD



EVEREST: CLASICOS EN ACCION

FORMATO 21,5 x 28

